SAN BERNARDO DE CLARAVAL

En alabanza de la Virgen Madre

De laudibus Virginis Matris

SABBATISMUS

San Bernardo de Claraval (1090–1153)
De laudibus Virginis Matris · En alabanza de la Virgen Madre

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Prefacio

La devoción me manda escribir algo, y las ocupaciones me lo impiden. Sin embargo, como la flaqueza del cuerpo me impide por ahora seguir la vida común de los hermanos, no dejaré ocioso el poco de ocio que se me permite arrebatar por las noches, robándoselo al sueño. Me place, pues, intentar ante todo lo que a menudo ha llamado a mi alma: decir algo en alabanza de la Virgen Madre, sobre aquella lectura del Evangelio en la que, según el relato de Lucas, se contiene la historia de la Anunciación del Señor. Y aunque a esta obra no me apremia necesidad alguna de los hermanos (a cuyo provecho estoy obligado a servir), ni me mueve utilidad alguna suya, con tal que ello no me estorbe ni me deje menos dispuesto para cualquiera de sus necesidades, no creo que deban sentirse agraviados si satisfago mi propia devoción.

Homilía I

Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea cuyo nombre es Nazaret, a una Virgen desposada con un varón cuyo nombre era José, de la casa de David; y el nombre de la Virgen era María (Lc 1,26-27).

1

¿Qué quiso el evangelista al consignar en este lugar, y tan expresamente, tantos nombres propios? Creo que fue porque no quiso que escucháramos con negligencia lo que con tanta diligencia se esmeró en narrar. Nombra, en efecto, al mensajero que es enviado, al Señor que lo envía, a la Virgen a quien es enviado, y también al esposo de la Virgen; y designa con sus nombres propios el linaje de ambos, la ciudad y la región. ¿Para qué esto? ¿Piensas que algo de esto se puso en vano? De ningún modo. Pues si ni una hoja cae del árbol sin causa, ni uno de los gorriones cae a tierra sin el Padre celestial (Mt 10,29), ¿habré de pensar yo que de la boca del santo evangelista se derramó una palabra superflua, sobre todo en la sagrada historia de la Palabra? No lo creo. Pues todo aquí está lleno de misterios celestiales, y cada cosa rebosa de dulzura del cielo, con tal que tenga un lector diligente, que sepa libar miel de la peña y

aceite de la roca durísima (Dt 32,13). En verdad, en aquel día destilaron dulzura los montes, y los collados manaron leche y miel (Jl 4,18), cuando, destilando rocío los cielos desde lo alto y lloviendo las nubes al Justo, se abrió la tierra, alegre, y germinó al Salvador (Is 45,8); cuando, dando el Señor su benignidad y rindiendo nuestra tierra su fruto (Sal 85,13), sobre aquel monte de los montes, el monte cuajado y fértil (Sal 68,16), la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron (Sal 85,11). También en aquel tiempo este monte, no pequeño entre los demás —quiero decir, este bienaventurado evangelista —, mientras nos encomendaba con su meliflua elocuencia el deseado comienzo de nuestra salvación, dejó brotar de sí ciertos aromas espirituales, como al soplo del austro y al resplandor cercano del Sol de justicia. ¡Ojalá también ahora envíe Dios su palabra y los derrita para nosotros; sople su espíritu (Sal 147,18), y se nos hagan inteligibles las palabras del Evangelio; háganse en nuestros corazones más deseables que el oro y que la piedra muy preciosa, háganse también más dulces que la miel y el panal (Sal 19,11)!

2

Dice, pues: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel. No creo que este ángel fuera de los menores, que por una u otra causa suelen desempeñar frecuentes embajadas a la tierra. Así se da a entender claramente por su nombre, que se interpreta «fortaleza de Dios», y porque se dice que es enviado no por algún otro espíritu, quizá

más excelente que él (como suele ocurrir), sino por Dios mismo. Por eso, pues, se puso por Dios; o bien se dijo por Dios para que nadie piense que Dios reveló su designio a alguno, siquiera de los espíritus bienaventurados, antes que a la Virgen, exceptuado solamente el arcángel Gabriel, que pudo hallarse de tan grande excelencia entre los suyos que se le tuviera por digno de tal nombre y de tal mensaje. Y no desdice el nombre del mensaje. Pues ¿a quién convenía más anunciar a Cristo, poder de Dios, que a este, a quien honra un nombre semejante? Porque ¿qué otra cosa es la fortaleza sino el poder? Y no parezca indecoroso ni impropio que el señor y el mensajero se designen con un nombre común, pues, aunque el nombre sea semejante en ambos, no es semejante en uno y otro la razón de él. Pues de un modo se llama a Cristo fortaleza o poder de Dios, y de otro al ángel. El ángel, solo de nombre; pero Cristo, también sustancialmente, se llama y es Cristo, poder de Dios (1 Cor 1,24), poder que, sobreviniendo más fuerte al fuerte armado que solía guardar en paz su atrio (Lc 11,21-22), lo derrotó con su brazo, y así le arrebató poderosamente los despojos que tenía cautivos. El ángel, en cambio, fue llamado fortaleza de Dios, o porque mereció la prerrogativa de un oficio tal que anunciara la venida de ese mismo Poder, o porque debía confortar a una virgen, por naturaleza medrosa, sencilla y recatada, para que no se espantara ante la novedad del milagro; y así lo hizo, diciendo: No temas, María, has hallado gracia ante Dios (Lc 1,30). Y se cree, quizá no sin razón, que el mismo

ángel confortó también a su esposo, hombre no menos humilde y temeroso de Dios, aunque el evangelista no lo nombre en ese lugar. José, hijo de David —dice—, no temas recibir a María, tu esposa (Mt 1,20). Con razón, pues, es elegido Gabriel para esta obra; mejor dicho, porque se le encomienda tal empresa, con razón se le designa con tal nombre.

3

Fue enviado, pues, por Dios el ángel Gabriel. ¿Adónde? A una ciudad de Galilea cuyo nombre es Nazaret. Veamos si, como dice Natanael, de Nazaret puede salir algo bueno (Jn 1,46). Nazaret se interpreta «flor». Me parece, pues, que las palabras y promesas dirigidas desde el cielo a los padres, es decir, a Abraham, a Isaac y a Jacob, fueron cierta semilla del conocimiento de Dios, arrojada como desde el cielo a la tierra; de esta semilla está escrito: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla, habríamos sido como Sodoma y semejantes a Gomorra (Is 1,9). Esta semilla floreció en los prodigios que se mostraron en la salida de Israel de Egipto, en las figuras y enigmas de todo el camino por el desierto hasta la tierra de la promesa, y después en las visiones y vaticinios de los profetas, y también en la institución del reino y del sacerdocio, hasta Cristo. Y con razón se entiende que Cristo es el fruto de esta semilla y de estas flores, como dice David: El Señor dará la benignidad, y nuestra tierra dará su fruto (Sal 85,13); y otra vez: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal 132,11).

Por eso en Nazaret se anuncia que Cristo ha de nacer, porque en la flor se espera el fruto que ha de brotar. Pero al salir el fruto cae la flor, porque al aparecer la verdad en la carne pasó la figura. Por eso Nazaret se llama ciudad de Galilea, es decir, de la «transmigración»: porque al nacer Cristo pasaron todas aquellas cosas que enumeré antes, las cuales, como dice el Apóstol, les sucedían en figura (1 Cor 10,11). Estas flores, pues, nosotros, que ya tenemos el fruto, vemos que han pasado; y aun cuando todavía parecían florecer, se preveía que habían de pasar. Por eso dice David: En la mañana pasará como la hierba; en la mañana florecerá y pasará; a la tarde caerá, se endurecerá y se secará (Sal 90,6). Porque en la tarde, es decir, cuando llegó la plenitud del tiempo, en el que envió Dios a su Unigénito, nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gál 4,4), mientras él mismo decía: He aquí que hago nuevas todas las cosas (Ap 21,5), lo antiguo pasó y desapareció, como caen y se secan las flores ante la novedad del fruto que crece. Por eso está escrito también: Se secó el heno y cayó la flor; pero la palabra del Señor permanece para siempre (Is 40,8). No dudas, creo, de que la palabra es el fruto; y la Palabra es Cristo.

4

Cristo es, pues, el fruto bueno, que permanece para siempre. Pero ¿dónde está el heno que se secó? ¿Dónde la flor que cayó? Responda el Profeta. Toda carne es heno, y toda su gloria como flor del heno (Is 40,6). Si toda carne es heno, entonces aquel pueblo carnal de los judíos se secó como el

heno. ¿No se secó el heno cuando ese mismo pueblo, vacío de toda la savia del espíritu, se aferró a la letra seca? ¿Y no cayó también la flor cuando no permaneció la gloria que ponían en la ley? Si la flor no cayó, ¿dónde está, pues, el reino, dónde el sacerdocio, dónde los profetas, dónde el templo, dónde, en fin, aquellas maravillas de que solían gloriarse diciendo: Cuántas cosas hemos oído y conocido, que nos contaron nuestros padres (Sal 78,3), y otra vez: Cuántas cosas mandó a nuestros padres que dieran a conocer a sus hijos (Sal 78,5)? Y esto se ha dicho a propósito de lo que está escrito: A Nazaret, ciudad de Galilea.

5

A aquella ciudad, pues, fue enviado por Dios el ángel Gabriel. ¿A quién? A una Virgen desposada con un varón cuyo nombre era José. ¿Quién es esta Virgen, tan venerable que es saludada por un ángel, tan humilde que está desposada con un carpintero? ¡Hermosa mezcla de virginidad y humildad! Y no poco agrada a Dios aquella alma en la que la humildad realza la virginidad y la virginidad adorna la humildad. Pero ¿de cuánta veneración piensas que es digna aquella en quien la fecundidad exalta la humildad y el parto consagra la virginidad? Oyes «virgen», oyes «humilde»: si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la virgen. Virtud laudable es la virginidad, pero más necesaria es la humildad. Aquella se aconseja, esta se manda. A aquella se te invita, a esta se te obliga. De aquella se dice: Quien pueda comprender, que compren-

da (Mt 19,12); de esta se dice: Si alguno no se hace como este niño, no entrará en el reino de los cielos (Mt 18,3). Aquella, pues, se premia; esta se exige. En fin, puedes salvarte sin virginidad; sin humildad no puedes. Puede agradar, digo, la humildad que llora la virginidad perdida; pero sin humildad (me atrevo a decirlo) ni siquiera la virginidad de María habría agradado. ¿Sobre quién —dice — reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y sosegado? (Is 66,2) Sobre el humilde, dijo; no «sobre la virgen». Si, pues, María no hubiera sido humilde, el Espíritu Santo no habría reposado sobre ella; y si no hubiera reposado sobre ella, tampoco la habría fecundado. Pues ¿cómo habría concebido de él sin él? Es claro, pues, que para que concibiera del Espíritu Santo, Dios, como ella misma atestigua, miró la humildad de su esclava (Lc 1,48), más que su virginidad. Y aunque agradó por la virginidad, concibió por la humildad. De donde consta que fue sin duda la humildad la que hizo que aun la virginidad agradara.

6

¿Qué dices tú, virgen soberbio? María, olvidada de que es virgen, se gloría de su humildad; ¿y tú, descuidando la humildad, te lisonjeas de tu virginidad? Miró —dice ella— la humildad de su esclava. ¿Y quién es ella? Una virgen, ciertamente: virgen santa, virgen sobria, virgen devota. ¿Eres tú más casto que ella? ¿Más devoto? ¿O acaso tu pureza es más grata que la castidad de María, de modo que tú, sin humildad, bastes para agradar por la tuya, cuando ella no pudo por la suya? En

fin, cuanto más honorable eres por el singular don de la castidad, tanto mayor injuria te haces a ti mismo al afear en ti su hermosura con la mezcla de la soberbia. Por lo demás, más te conviene no ser virgen que ensoberbecerte de la virginidad. La virginidad no es de todos; pero muchos menos son los que tienen, con la virginidad, la humildad. Si, pues, la virginidad de María no puedes sino admirarla, procura imitar su humildad, y eso te basta. Y si eres a la vez virgen y humilde, quienquiera que seas, eres grande.

7

Hay, sin embargo, algo mayor que admirar en María: la fecundidad junto con la virginidad. Pues desde que el mundo es mundo no se ha oído que alguna fuera a la vez madre y virgen. ¡Oh, si consideras además de quién es madre! ¿Adónde te llevará tu admiración ante su maravillosa grandeza? ¿No te llevará a ver que ni siquiera puedes admirarla bastante? ¿No será exaltada, a tu juicio, o mejor, a juicio de la Verdad, sobre todos los coros de los ángeles aquella que tuvo a Dios por hijo? ¿No llama María con audacia hijo suyo al Dios y Señor de los ángeles, cuando dice: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? (Lc 2,48)? ¿Cuál de los ángeles se atrevería a tanto? Les basta, y lo tienen por gran cosa, que, siendo espíritus por su condición, por gracia hayan sido hechos y llamados ángeles, como atestigua David: El que hace —dice— de sus ángeles espíritus (Sal 104,4). Pero María, reconociéndose madre, llama con confianza hijo suyo a aquella Majestad a la que ellos sirven con

reverencia. Y no desdeña Dios ser llamado lo que se dignó ser. Pues poco después añade el evangelista: Y estaba —dice— sujeto a ellos (Lc 2,51). ¿Quién, y a quiénes? ¡Dios a los hombres! Dios, digo, a quien están sujetos los ángeles, a quien obedecen los principados y las potestades, estaba sujeto a María; y no solo a María, sino también a José, por causa de María. Admira, pues, lo uno o lo otro, y elige qué admirarás más: la benignísima dignación del Hijo o la excelentísima dignidad de la Madre. Por ambas partes, asombro; por ambas partes, milagro. Que Dios obedezca a una mujer es humildad sin ejemplo; que una mujer mande sobre Dios es grandeza sin par. En las alabanzas de las vírgenes se canta como cosa singular que siguen al Cordero adondequiera que va (Ap 14,4). ¿De qué alabanzas, pues, juzgas digna a la que incluso va delante de él?

8

Aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a sujetarte; aprende, polvo, a someterte. Hablando de tu Hacedor, dice el evangelista: Y estaba sujeto a ellos; sin duda, a María y a José. ¡Avergüénzate, ceniza soberbia! Dios se humilla, ¿y tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, ¿y tú, ansioso de dominar a los hombres, te antepones a tu Hacedor? ¡Ojalá Dios se digne responderme alguna vez, cuando piense algo semejante, lo que respondió a su apóstol al reprenderlo: Ponte detrás de mí —le dijo—, Satanás, porque no gustas las cosas de Dios (Mt 16,23)! Porque cuantas veces deseo estar al frente de los hombres, otras tantas

pretendo ir delante de mi Dios; y entonces, en verdad, no gusto las cosas de Dios. Pues de él se dijo: Y estaba sujeto a ellos. Si desdeñas, oh hombre, imitar el ejemplo de un hombre, ciertamente no será indigno de ti seguir a tu Hacedor. Si acaso no puedes seguirlo adondequiera que va, dígnate al menos seguirlo adonde desciende hasta ti. Es decir: si no puedes andar la sublime senda de la virginidad, sigue al menos a Dios por el camino segurísimo de la humildad; y si algunos, aun de entre las vírgenes, se desvían de su rectitud, a decir verdad, tampoco ellos siguen al Cordero adondequiera que va. Sigue ciertamente al Cordero el humilde manchado, y lo sigue también el virgen soberbio; pero ninguno de los dos adondequiera que va: porque ni aquel puede subir a la pureza del Cordero, que es sin mancha, ni este se digna bajar a su mansedumbre, la del que enmudeció no ante el que lo trasquilaba, sino ante el que lo mataba. Con todo, el pecador en su humildad eligió una manera de seguirlo más saludable que el soberbio en su virginidad, pues a aquel su humilde satisfacción le purifica la impureza, y a este la soberbia le mancha la castidad.

9

Pero ¡dichosa María, a quien no faltó ni la humildad ni la virginidad! Singular virginidad, en verdad, que la fecundidad no violó, sino que honró; y no menos especial humildad, que la virginidad fecunda no quitó, sino que exaltó; y fecundidad del todo incomparable, a la que acompañan a la vez la virginidad y la humildad.

¿Qué de esto no es admirable? ¿Qué no es incomparable? ¿Qué no es singular? Extraño sería que, al sopesarlas, no dudaras cuál juzgas más digna de tu admiración: si es más asombrosa la fecundidad en una virgen o la integridad en una madre; la sublimidad del hijo o la humildad unida a tanta sublimidad; salvo que, sin duda alguna, todas juntas han de preferirse a cada una de ellas, y es incomparablemente más excelente y más dichoso haberlas recibido todas que algunas. ¿Y qué tiene de extraño que Dios, de quien se lee y se ve que es admirable en sus santos (Sal 68,36), se mostrara más admirable aún en su Madre? Venerad, pues, vosotros los casados, la integridad de la carne en una carne corruptible; admirad también, vosotras, vírgenes consagradas, la fecundidad en una virgen; imitad, hombres todos, la humildad de la Madre de Dios. Honrad, santos ángeles, a la Madre de vuestro Rey, vosotros que adoráis al Hijo de nuestra Virgen, que es a la vez nuestro Rey y el vuestro, reparador de nuestro linaje y restaurador de vuestra ciudad. A él, tan sublime entre vosotros y tan humilde entre nosotros, tributemos por igual vosotros y nosotros la reverencia debida a su dignidad, y a su dignación el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA II.

Sobre Lucas 1,26-27

1

Nadie duda de que aquel cántico nuevo que solo a las vírgenes se concederá cantar en el reino de Dios lo cantará también la misma Reina de las vírgenes con las demás, mejor dicho, la primera entre ellas. Pero pienso que, además de aquel que solo a ellas es lícito cantar, y que, como dije, le será común con todas las vírgenes, ella alegrará la ciudad de Dios con un canto más dulce y más exquisito. Ninguna, ni siquiera de las mismas vírgenes, será hallada digna de entonar o expresar sus dulces melodías, porque con razón quedará reservado para que lo cante sola aquella que sola se gloría de un parto, y de un parto divino. Se gloría, diría yo, del parto, no en sí misma, sino en aquel a quien dio a luz. Porque Dios —pues es Dios a quien dio a luz—, queriendo dotar a su Madre de una gloria singular en los cielos, cuidó de prevenirla en la tierra con una gracia también singular, por la cual, de modo inefable, concibiera intacta y diera a luz incorrupta. Tal nacimiento convenía a Dios: que no naciera sino de una Virgen; y tal parto convenía a la Virgen: que no diera a luz sino a Dios. Por eso el Hacedor de los hombres, para hacerse hombre, habiendo de nacer de un ser humano, debió elegirse de entre todas, mejor dicho, formarse, una madre tal como sabía que le convenía y que le había de agradar. Quiso, pues, que fuera virgen, para que de una inmaculada procediera el Inmaculado, que había de limpiar las manchas de todos; quiso también que fuera humilde, para que de ella saliera manso y humilde de corazón (Mt 11,29) el que había de mostrar en sí el ejemplo de estas virtudes, nece-

sario a todos y saludabilísimo. Dio, pues, el parto a la Virgen el mismo que ya antes le había inspirado el voto de virginidad y le había otorgado de antemano el mérito de la humildad. De otro modo, ¿cómo podría el ángel, en lo que sigue, proclamarla llena de gracia, si tenía algún bien, por pequeño que fuera, que no procediera de la gracia?

2

Así, pues, para que la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos fuera santa en el cuerpo, recibió el don de la virginidad; y para que lo fuera también en el alma, recibió también el de la humildad. Adornada con estas joyas de las virtudes, y resplandeciente con la doble hermosura del alma y del cuerpo, la Virgen regia, conocida en los cielos por su gracia y su hermosura, atrajo hacia sí las miradas de los ciudadanos del cielo, de tal modo que inclinó el ánimo del Rey a desearla e hizo bajar hasta ella, desde lo alto, al mensajero celestial. Y esto es lo que el evangelista nos encarece aquí al referir que el ángel fue enviado por Dios a la Virgen. Por Dios, dice, a una virgen: es decir, del excelso a la humilde, del Señor a la esclava, del Creador a la criatura. ¡Cuánta dignación de Dios! ¡Cuánta excelencia de la Virgen! Corred, madres; corred, hijas; corred todas las que, después de Eva y de Eva, sois dadas a luz con tristeza y con tristeza dais a luz. Acercaos al tálamo virginal; entrad, si podéis, en la casta alcoba de vuestra hermana. Pues he aquí que Dios envía a la Virgen; he aquí

que el ángel habla a María. Arrimad el oído a la pared, escuchad lo que le anuncia, por si acaso oís algo con que consolaros.

3

Alégrate, padre Adán; pero más tú, oh madre Eva, exulta: vosotros que, así como fuisteis los padres de todos, fuisteis también los homicidas de todos; y, lo que es más desdichado, antes homicidas que padres. Consolaos ambos, digo, por vuestra hija, y por tal hija; pero ella más, de quien primero nació el mal, cuyo oprobio pasó a todas las mujeres. Porque se acerca el tiempo en que se quite ya el oprobio y no tenga el varón de qué quejarse contra la mujer; él, que, mientras intentaba neciamente excusarse, no vaciló en acusarla con crueldad, diciendo: La mujer que me diste me dio del árbol, y comí (Gén 3,12). Por eso, corre, Eva, a María; corre, madre, a tu hija; responda la hija por la madre, quite ella el oprobio de la madre, satisfaga ella al padre por la madre; porque, si el varón cayó por una mujer, ya no se levanta sino por una mujer. ¿Qué decías, oh Adán? La mujer que me diste me dio del árbol, y comí. Palabras de malicia son estas, con las que más aumentas que borras la culpa. Sin embargo, la Sabiduría venció a la malicia, pues la ocasión de perdón que Dios intentó sacar de ti al interrogarte, y no pudo, la halló en el tesoro de su inagotable piedad. Pues se da una mujer por otra mujer, una prudente por una necia, una humilde por una soberbia; la cual, en lugar del árbol de la muerte, te ofrezca el gusto de la vida, y en lugar de aquel alimento venenoso

de amargura, dé a luz la dulzura del fruto eterno. Cambia, pues, la palabra de tu inicua excusa en voz de acción de gracias, y di: «Señor, la mujer que me diste me dio del árbol de la vida, y comí; y se ha vuelto más dulce que la miel para mi boca (Sal 119,103), porque con él me diste la vida (Sal 119,93)». Pues para esto fue enviado el ángel a la Virgen. ¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor! ¡Oh mujer singularmente venerable, admirable sobre todas las mujeres, reparadora de sus padres, vivificadora de sus descendientes!

4

Fue enviado —dice— el ángel a una Virgen. Virgen en la carne, virgen en el alma, virgen por profesión; virgen, en fin, como la describe el Apóstol, santa en el alma y en el cuerpo (1 Cor 7,34); no hallada hace poco ni por azar, sino elegida desde el principio del mundo, conocida de antemano por el Altísimo y preparada para sí, guardada por los ángeles, prefigurada por los padres, prometida por los profetas. Escudriña las Escrituras y comprueba lo que digo. ¿Quieres que también yo inserte aquí algunos de sus testimonios? Por decir pocas cosas de entre muchas: ¿a qué otra te parece que anunció Dios cuando dijo a la serpiente: Pondré enemistad entre ti y la mujer (Gén 3,15)? Y si todavía dudas de que lo dijera de María, oye lo que sigue: Ella te aplastará la cabeza. ¿Para quién se reservó esta victoria sino para María? Ella, sin duda alguna, aplastó la cabeza venenosa, pues redujo a nada toda sugestión del

maligno, tanto la del halago de la carne como la de la soberbia del espíritu.

5

¿Y a qué otra buscaba Salomón cuando decía: ¿Quién hallará una mujer fuerte? (Prov 31,10)? Conocía, en efecto, aquel sabio la flaqueza de este sexo: el cuerpo frágil, la mente inconstante. Pero como había leído que Dios lo había prometido, y veía cuán conveniente era que quien había vencido por una mujer fuera vencido por ella, decía lleno de admiración: ¿Quién hallará una mujer fuerte? Como si dijera: si de la mano de una mujer depende así la salvación de todos nosotros, la restitución de la inocencia y la victoria sobre el enemigo, es del todo necesario que se provea una mujer fuerte, que sea idónea para obra tan grande. Pero ¿quién hallará una mujer fuerte? Mas para que no se piense que lo preguntó desesperando, añade profetizando: De lejos y de los últimos confines es su precio (Prov 31,10); es decir, no vil, no pequeño, no mediano, no, en fin, de la tierra, sino del cielo; y no del cielo cercano a la tierra viene el precio de esta mujer fuerte, sino que su salida es desde lo más alto del cielo (Sal 19,7). ¿Qué presagiaba, además, aquella zarza de Moisés en otro tiempo, que despedía llamas pero no ardía (Éx 3,2), sino a María dando a luz sin sentir dolor? ¿Qué, pregunto, la vara de Aarón, florecida sin haber sido regada (Nm 17,23), sino a ella misma concibiendo, aunque no conocía varón? El misterio mayor de este gran milagro lo explica Isaías al decir: Saldrá una vara de la raíz

de Jesé, y una flor subirá de su raíz (Is 11,1), entendiendo por la vara a la Virgen y por la flor el parto de la Virgen.

6

Pero si te parece que decir ahora que Cristo se entiende en la flor contradice lo dicho antes, donde se afirmaba que no lo significaba la flor de la vara sino el fruto de la flor, sabe que en la misma vara de Aarón (que no solo floreció, sino que también echó hojas y dio fruto) él es significado no solo por la flor o por el fruto, sino también por las hojas mismas. Sabe también que en Moisés no se le muestra por el fruto de la vara ni por la flor, sino por la vara misma: aquella vara, en efecto, a cuyo golpe el agua o se divide para los que han de pasar (Éx 14,16) o brota de la peña para los que han de beber (Éx 17,6). Y no hay inconveniente alguno en que Cristo sea figurado por cosas diversas por causas diversas: de modo que en la vara se entienda su poder, en la flor su fragancia, en el fruto la dulzura de su sabor, y en las hojas su solícita protección, con la que no cesa de amparar bajo la sombra de sus alas a los pequeños que se refugian en él, ya del ardor de los deseos carnales, ya de la presencia de los impíos que los afligieron (Sal 17,8-9). Buena y deseable es la sombra bajo las alas de Jesús, donde hay refugio seguro para los que huyen y grato refrigerio para los cansados. Ten piedad de mí, Señor Jesús, ten piedad de mí, porque en ti confía mi alma, y a la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad (Sal 57,2). En este testimonio de Isaías,

sin embargo, entiende por la flor al Hijo y por la vara a la Madre: pues la vara floreció sin germen, y la virgen concibió no de varón. Ni el brotar de la flor dañó el verdor de la vara, ni el alumbramiento del sagrado parto el pudor de la virgen.

7

Aduzcamos también de las Escrituras otros testimonios que convienen a la Virgen Madre y a Dios, su Hijo. ¿Qué significa aquel vellón de Gedeón, trasquilado ciertamente de la carne, pero sin herida de la carne, y puesto en la era, empapado de rocío unas veces la lana y otras la era (Jue 6,37-40), sino la carne tomada de la carne de la Virgen, y sin menoscabo de la virginidad? En ella, al destilar los cielos, se derramó toda la plenitud de la divinidad, de modo que de esta plenitud todos hemos recibido (Jn 1,16), nosotros que sin ella no somos en verdad sino tierra árida. Con este hecho de Gedeón parece concordar bellamente un dicho profético, donde se lee: Descenderá como la lluvia sobre el vellón (Sal 72,6). Pues por lo que sigue, y como gotas que destilan sobre la tierra, se da a entender lo mismo que por la era que se halló empapada de rocío. Pues aquella lluvia voluntaria que Dios reservó para su heredad (Sal 68,10) descendió primero con suavidad, sin el estrépito de obra humana alguna, en su quietísima caída, al seno virginal; pero después se derramó por toda la tierra por boca de los predicadores, no ya como la lluvia sobre el vellón, sino como gotas que destilan sobre la tierra, con cierto estrépito de palabras y fragor de milagros. Pues

aquellas nubes que llevaban la lluvia recordaron el mandato que se les había dado al ser enviadas: Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz; y lo que oís al oído, predicadlo sobre los tejados (Mt 10,27). Y así lo hicieron, pues su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del orbe (Sal 19,5).

8

Oigamos también a Jeremías, que vaticina cosas nuevas a los antiguos y que, no pudiendo mostrarlo presente, desea ardientemente al que había de venir y lo promete con confianza: Algo nuevo —dice— ha creado el Señor sobre la tierra: una mujer rodeará al varón (Jer 31,22). ¿Quién es esta mujer? ¿Y quién es este varón? O, si es varón, ¿cómo es rodeado por una mujer? O, si puede ser rodeado por una mujer, ¿cómo es varón? Y, para decirlo más claramente: ¿cómo puede ser a la vez varón y estar en el seno de su madre? Pues eso es que una mujer rodee a un varón. Llamamos varones a los que, pasando por la infancia, la niñez, la adolescencia y la juventud, han llegado a la edad próxima a la vejez. Entonces, el que ya es tan grande, ¿cómo puede ser rodeado por una mujer? Si hubiera dicho: «Una mujer rodeará a un infante», o: «Una mujer rodeará a un niño», no parecería ni nuevo ni maravilloso. Pero, como no puso nada semejante, sino que dijo «varón», preguntamos qué novedad es esta que Dios hizo en la tierra: que una mujer rodeara a un varón, y que un varón se encerrara dentro de los miembros del pequeño cuerpo de una sola mujer. ¿Qué

milagro es este? ¿Puede acaso un hombre, como dice Nicodemo, entrar de nuevo en el vientre de su madre y volver a nacer? (Jn 3,4)

9

Pero me vuelvo a la concepción y al parto virginales, por si acaso, entre las muchísimas cosas nuevas y admirables que allí contempla sin duda quien investiga con diligencia, encuentro también esta novedad que he citado del Profeta. Allí se reconoce la longitud breve, la anchura estrecha, la altura sometida, la profundidad llana. Allí se reconoce la luz que no alumbra, la Palabra sin palabra, el agua que tiene sed, el pan que tiene hambre. Puedes ver, si te fijas, a la Potencia gobernada, a la Sabiduría instruida, al Poder sostenido; a Dios, en fin, mamando, pero alimentando a los ángeles; llorando, pero consolando a los desdichados. Puedes ver, si te fijas, a la Alegría entristecerse, a la Confianza temer, a la Salvación padecer, a la Vida morir, a la Fortaleza debilitarse. Pero, lo que no es menos admirable, allí se ve que la misma tristeza alegra, el temor conforta, la pasión salva, la muerte vivifica, la debilidad robustece. ¿A quién no se le ocurrirá ya también lo que yo buscaba? ¿No te es fácil reconocer entre estas cosas a la mujer que rodea al varón, cuando ves a María abrazar en su seno a Jesús, varón acreditado por Dios (Hch 2,22)? Y diría que Jesús era varón no solo cuando ya se le llamaba varón profeta, poderoso en obras y palabras (Lc 24,19), sino también cuando la Madre de Dios todavía abrigaba en su tierno regazo los delicados miem-

bros del niño, o los llevaba en su seno. Varón era, pues, Jesús aun antes de nacer, pero por la sabiduría, no por la edad; por el vigor del alma, no por las fuerzas del cuerpo; por la madurez de los sentidos, no por la corpulencia de los miembros. Pues Jesús no tuvo menos sabiduría —o, mejor dicho, no fue menos la Sabiduría— concebido que nacido, pequeño que grande. Así, pues, ya escondido en el seno, ya llorando en el pesebre, ya, algo mayorcito, interrogando a los doctores en el templo, ya, en la edad madura, enseñando al pueblo, estuvo en verdad igualmente lleno del Espíritu Santo. Y no hubo hora alguna, en ninguna de sus edades, en que de aquella plenitud que recibió en el seno al ser concebido se quitara algo o se le añadiera algo; sino que desde el principio fue perfecto; desde el principio, digo, estuvo lleno del espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, espíritu de temor del Señor (Is 11,2-3).

10

Y no te inquiete lo que lees de él en otro lugar: Y Jesús progresaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2,52). Porque lo que aquí se dice de la sabiduría y de la gracia ha de entenderse no según lo que era, sino según lo que aparecía: no porque se le añadiera algo nuevo que antes no tuviera, sino porque parecía añadírsele, cuando él mismo quería que se viera. Tú, hombre, cuando progresas, no progresas cuando quieres ni cuanto quieres, sino que, sin saberlo tú,

se regula tu progreso y se dispone tu vida. Pero el niño Jesús, que dispone tu vida, disponía también la suya: cuando quería y a quienes quería aparecía sabio; cuando y a quienes quería, más sabio; cuando y a quienes quería, sapientísimo, aunque en sí nunca fue sino sapientísimo. Del mismo modo, aunque siempre estuvo lleno de toda la gracia que debía tener, ya ante Dios, ya ante los hombres, la mostraba a su arbitrio, unas veces más y otras menos, según sabía que convenía a los méritos de los que lo veían o que importaba para su salvación. Consta, pues, que Jesús tuvo siempre un ánimo varonil, aunque no siempre apareciera varón en el cuerpo. ¿Por qué, en fin, he de dudar que fuera varón en el seno, si no dudo que allí era Dios? Pues es menos ser varón que ser Dios.

11

Pero mira si Isaías no descubre también con toda claridad esta novedad de Jeremías, él que más arriba explicó asimismo las nuevas flores de Aarón. He aquí —dice— que una virgen concebirá y dará a luz un hijo (Is 7,14). Ahí tienes a la mujer, es decir, a la Virgen. ¿Quieres oír también quién es el varón? Y su nombre —dice— será Emmanuel, es decir, Dios con nosotros. La mujer que rodea al varón es, pues, la Virgen que concibe a Dios. Ves cuán bella y concordemente se corresponden entre sí los hechos admirables y los dichos místicos de los santos. Ves cuán asombroso es este único milagro, obrado de la Virgen y en la Virgen, al que precedieron tantos milagros

y prometieron tantos oráculos. Pues uno fue el espíritu de los profetas; y aunque de diversos modos, con diversas señales y en diversos tiempos, diversos hombres previeron y predijeron la misma cosa, no lo hicieron con diverso espíritu. Lo que se mostró a Moisés en la zarza y el fuego, a Aarón en la vara y la flor, a Gedeón en el vellón y el rocío, eso lo predijo abiertamente Salomón en la mujer fuerte y su precio; más abiertamente lo cantó de antemano Jeremías en la mujer y el varón; con toda claridad lo declaró Isaías en la Virgen y Dios; y Gabriel, por fin, lo mostró al saludar a la Virgen misma. Pues ella es aquella de quien dice ahora el evangelista: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una Virgen desposada con José.

12

A una Virgen —dice— desposada. ¿Por qué desposada? Siendo, digo, una virgen elegida y, como se ha mostrado, una virgen que había de concebir y una virgen que había de dar a luz, es de extrañar que fuera desposada, no habiendo de casarse. ¿Dirá alguien que también esto sucedió por azar? No sucedió por azar lo que recomienda una causa razonable, causa muy útil y necesaria, y del todo digna de la inventiva del designio divino. Diré lo que me pareció a mí, o mejor, lo que antes de mí les pareció a los Padres. La razón del desposorio de María fue la misma que la de la duda de Tomás. Era costumbre de los judíos que, desde el día de los desposorios hasta el tiempo de las bodas, las esposas fueran entregadas a sus

esposos para que las custodiaran, a fin de que ellos les guardaran la castidad con tanto mayor cuidado cuanto más fieles guardianes eran de lo suyo. Así como Tomás, dudando y palpando, se hizo el más firme testigo de la resurrección del Señor, así también José, desposándose con María y comprobando con más cuidado su conducta en el tiempo de la custodia, se hizo testigo fidelísimo de su castidad. Hermosa correspondencia entre ambas cosas: la duda de Tomás y el desposorio de María. Podían, en verdad, tendernos el lazo de un error semejante, haciendo sospechosa la verdad de la fe en él y de la castidad en ella; pero, con gran prudencia y bondad, sucedió lo contrario: que de donde se temía la sospecha, de allí viniera la firme certeza. Pues, acerca de la resurrección del Hijo, yo, que soy débil, creería antes a Tomás, que dudó y palpó, que a Cefas, que oyó y creyó; y acerca de la continencia de la Madre, más fácilmente a su esposo, que la custodió y la comprobó por experiencia, que a la misma Virgen defendiéndose con el solo testimonio de su conciencia. Dime, te ruego: ¿quién, viéndola encinta y no desposada, no la llamaría más bien ramera que virgen? Y no convenía que esto se dijera de la Madre del Señor. Más tolerable y más decoroso fue que por un tiempo se pensara que Cristo había nacido de un matrimonio que de una fornicación.

13

Pero ¿no podía Dios, dices, mostrar alguna señal manifiesta, de modo que ni su nacimiento fuera infamado ni su madre acusada? Podía, cier-

tamente; pero lo que supieran los hombres no podía quedar oculto a los demonios. Y convenía que el misterio del designio divino se ocultara por algún tiempo al príncipe de este mundo: no porque Dios temiera que él pudiera impedírselo si quería hacer su obra abiertamente, sino porque él, que hizo cuanto quiso no solo con poder sino también con sabiduría, así como en todas sus obras suele guardar ciertas correspondencias de las cosas y de los tiempos por la belleza del orden, así también en esta obra suya tan magnífica, la de nuestra restauración, quiso mostrar no solo su poder, sino también su prudencia. Y aunque hubiera podido realizarla de otro modo, como quisiera, le agradó, sin embargo, reconciliar consigo al hombre en el mismo modo y orden en que sabía que había caído: para que, así como el diablo sedujo primero a la mujer y después venció al varón por medio de la mujer, así fuera él primero engañado por una mujer virgen y después derrotado abiertamente por un varón, Cristo; a fin de que, mientras el arte de la misericordia burlaba el fraude de la malicia y el poder de Cristo quebrantaba la fortaleza del maligno, Dios apareciera más prudente y más fuerte que el diablo. Así convenía, en efecto, que la Sabiduría encarnada venciera a la malicia espiritual: que no solo alcanzara con fortaleza de un extremo a otro, sino que también dispusiera todas las cosas con suavidad (Sab 8,1). Alcanza de un extremo a otro, es decir, del cielo al infierno. Si subo al cielo —dice—, allí estás tú; si bajo al infierno, allí estás presente (Sal 139,8). Y en ambos lugares con fortaleza: cuando expulsó

de las alturas al soberbio y despojó en los infiernos al avaro. Convenía, pues, que dispusiera también con suavidad todas las cosas, las celestiales y las terrenas: para que, arrojando de allí al inquieto, afianzara en la paz a los demás, y, habiendo de derrotar aquí al envidioso, nos dejara antes el ejemplo, tan necesario, de su humildad y mansedumbre; y así, por un admirable gobierno de la sabiduría, apareciera suave para los suyos y fuerte para sus enemigos. Pues ¿de qué serviría que el diablo fuera vencido por Dios, si nosotros seguíamos siendo soberbios? Por necesidad, pues, fue desposada María con José, ya que así lo santo se esconde a los perros (Mt 7,6), la virginidad es comprobada por el esposo, y se ahorra el pudor de la Virgen a la vez que se protege su fama. ¿Qué cosa más sabia, qué cosa más digna de la divina providencia? Con un solo designio así, se admite un testigo a los secretos celestiales, se excluye al enemigo y se conserva intacta la fama de la Virgen Madre. De otro modo, ¿cuándo habría perdonado un justo a una adúltera? Y está escrito: Pero José, su esposo, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla en secreto (Mt 1,19). Bien: como era justo, no quiso infamarla; porque así como de ningún modo habría sido justo si hubiera consentido con una culpable conocida, tampoco habría sido justo si hubiera condenado a una inocente comprobada. Así pues, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla en secreto.

14

¿Por qué quiso dejarla? Recibe también en esto no mi parecer, sino el de los Padres. José quiso dejarla por lo mismo por lo que también Pedro apartaba de sí al Señor, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador (Lc 5,8); y por lo que el centurión le impedía entrar en su casa, cuando decía: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo (Mt 8,8). Así también José, teniéndose por indigno y pecador, decía para sí que no debía concedérsele ya la convivencia familiar con una mujer tal y tan grande, cuya admirable dignidad, tan superior a la suya, lo llenaba de temor. Veía, y se estremecía al verlo, que ella llevaba la señal certísima de la presencia divina; y como no podía penetrar el misterio, quería dejarla. Temió Pedro la grandeza de su poder; temió el centurión la majestad de su presencia. También José, como hombre, se estremeció ante la novedad de tan gran maravilla y la profundidad del misterio; y por eso quiso dejarla en secreto. ¿Te extraña que José se juzgara indigno de la compañía de la Virgen encinta, cuando oyes que tampoco santa Isabel podía soportar su presencia sino con temblor y reverencia? Pues dice: ¿De dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? (Lc 1,43) Por eso, pues, quiso José dejarla. Pero ¿por qué en secreto y no públicamente? Para que no se le preguntara la causa de la separación ni se le exigiera dar razón de ella. Pues ¿qué respondería un varón justo a un pueblo de dura cerviz, a un pueblo incrédulo y rebelde (Rom 10,21)? Si dijera lo que pensaba, lo que había comprobado de la pureza de ella, ¿no se habrían burlado al punto de él, y la habrían ape-

dreado a ella, los judíos incrédulos y crueles? Pues ¿cuándo habrían creído a la Verdad callada en el seno, si después la despreciaron cuando clamaba en el templo? ¿Qué habrían hecho con él cuando aún no se había manifestado, ellos que después le pusieron sus manos impías aun cuando resplandecía con milagros? Con razón, pues, el varón justo, para no verse obligado a mentir o a difamar a una inocente, quiso dejarla en secreto.

15

Pero si alguno piensa de otro modo, y sostiene que José, como hombre, dudó; que, por ser justo, no quiso vivir con ella a causa de la sospecha, y que, sin embargo (por ser bondadoso), no quiso infamarla una vez sospechosa, y que por eso quiso dejarla en secreto, respondo brevemente que, aun así, aquella duda de José fue necesaria, pues mereció ser disipada por un oráculo divino. Así está escrito, en efecto: Mientras él pensaba en estas cosas —es decir, en dejarla en secreto —, se le apareció en sueños un ángel que le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa (Mt 1,20). Porque lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. Por estas razones, pues, fue desposada María con José, o mejor, como pone el evangelista, con un varón cuyo nombre era José. Lo llama varón, no porque fuera su marido, sino porque era hombre de virtud. O mejor, porque, según el otro evangelista, no se le llama simplemente «varón», sino «su esposo» (Mt 1,19), con razón se le llama lo que por necesidad se le tenía por ser. Debió, pues, llamarse su esposo, porque

fue necesario que también se le tuviera por tal; así como mereció, no ciertamente ser, sino ser llamado padre del Salvador, de modo que se le tuviera por tal, como dice este mismo evangelista: Y el mismo Jesús, al comenzar, tenía unos treinta años, y era, según se pensaba, hijo de José (Lc 3,23). No fue, pues, ni esposo de la madre ni padre del hijo, aunque por una disposición cierta (como se ha dicho) y necesaria fue por un tiempo llamado y tenido por ambas cosas.

16

Deduce, sin embargo, de este título —con el que, aunque fuera por disposición divina, mereció ser honrado por Dios hasta ser llamado y creído padre de Dios—, deduce también de su propio nombre (que, sin duda lo sabes, significa «aumento») quién y qué clase de hombre fue este José. Recuerda a la vez a aquel gran patriarca de antaño, vendido en Egipto, y sabe que este no solo heredó su nombre, sino que alcanzó también su castidad, su inocencia y su gracia. Pues aquel José, vendido por envidia de sus hermanos y llevado a Egipto (Gén 37,27-28), prefiguró la venta de Cristo; este José, huyendo de la envidia de Herodes, llevó a Cristo a Egipto (Mt 2,14). Aquel, guardando fidelidad a su señor, no quiso unirse con su señora (Gén 39,12); este, reconociendo virgen a su señora, la madre de su Señor, y guardando él mismo continencia, la custodió fielmente. A aquel se le dio inteligencia en los misterios de los sueños (Gén 40-41); a este se le concedió ser confidente y partícipe de los misterios celestiales

(Mt 1,20). Aquel guardó el trigo, no para sí, sino para todo el pueblo (Gén 41,48-49); este recibió en custodia el pan vivo bajado del cielo (Jn 6,51), tanto para sí como para el mundo entero. No hay duda de que fue un hombre bueno y fiel este José, con quien fue desposada la Madre del Salvador. Siervo fiel y prudente, digo, a quien el Señor puso (Mt 24,45) como consuelo de su madre, nutricio de su carne y, en fin, como el único y fidelísimo coadjutor de su gran designio en la tierra. A esto se añade que se dice que era de la casa de David. En verdad de la casa de David, en verdad de estirpe regia descendía este varón, José: noble por linaje, más noble por su alma. Hijo de David, sin duda, que no degeneraba de su padre David. Hijo de David en todo, digo, no solo según la carne, sino por la fe, por la santidad, por la devoción: aquel a quien el Señor, como a otro David, halló según su corazón (Hch 13,22), a quien pudiera confiar con seguridad el arcano más secreto y más sagrado de su corazón; a quien, como a otro David, manifestó lo incierto y oculto de su sabiduría (Sal 51,8), y le concedió no ignorar el misterio que ninguno de los príncipes de este mundo conoció (1 Cor 2,8); a quien, en fin, se le dio lo que muchos reyes y profetas quisieron ver, y no vieron; oír, y no oyeron (Lc 10,24): no solo verlo y oírlo, sino también llevarlo en brazos, guiarlo, abrazarlo, besarlo, alimentarlo y custodiarlo. Y no solo José, sino también María ha de creerse que descendía de la casa de David. De otro modo, no habría sido desposada con un varón de la casa de David si no hubiera sido ella misma de la casa de David. Am-

bos, pues, eran de la casa de David; pero en la una se cumplió la verdad que el Señor juró a David (Sal 132,11), y el otro fue confidente y testigo de la promesa cumplida.

17

Al final del versículo dice: Y el nombre de la Virgen era María. Digamos también unas pocas palabras sobre este nombre, que se interpreta «estrella del mar» y que muy convenientemente se adapta a la Virgen Madre. Pues con gran propiedad se la compara a un astro: porque, así como el astro emite su rayo sin corrupción de sí mismo, así la Virgen da a luz a su Hijo sin daño de sí misma. Ni el rayo disminuye la claridad del astro, ni el Hijo la integridad de la Virgen. Ella es, pues, aquella noble estrella nacida de Jacob (Nm 24,17), cuyo rayo ilumina el orbe entero, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos; recorriendo también las tierras, y calentando más las almas que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios. Ella es, digo, la estrella preclara y eminente, alzada necesariamente sobre este mar grande y espacioso, que centellea con sus méritos y alumbra con sus ejemplos. Oh tú, quienquiera que seas, que te sientes en el oleaje de este mundo más bien zarandeado entre borrascas y tempestades que caminando sobre tierra firme: no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si no quieres verte sumergido por las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira la estrella, invoca a María. Si eres agitado por las

olas de la soberbia, de la ambición, de la murmuración, de la envidia, mira la estrella, invoca a María. Si la ira, o la avaricia, o el halago de la carne sacuden la navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado por la enormidad de tus crímenes, confundido por la fealdad de tu conciencia, aterrado por el horror del juicio, comienzas a ser tragado por el báratro de la tristeza, por el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazón; y, para alcanzar la ayuda de su oración, no abandones el ejemplo de su vida. Siguiéndola, no te desvías; rogándole, no desesperas; pensando en ella, no te extravías. Si ella te sostiene, no caes; si ella te protege, no temes; si ella te guía, no te fatigas; si ella te es propicia, llegas a puerto; y así experimentas en ti mismo con cuánta razón se dijo: Y el nombre de la Virgen era María. Pero ya hay que detenerse un poco, para que no contemplemos también nosotros solo de paso la claridad de tan gran luz. Pues, por usar palabras del apóstol, bueno es que estemos aquí (Mt 17,4); y place contemplar dulcemente en silencio lo que el trabajoso discurso no alcanza a explicar. Entretanto, de la devota contemplación del astro centelleante, nuestra exposición se renovará con más fervor en lo que sigue.

HOMILÍA III.

Sobre Lucas 1,28-32

1

Tomo con gusto las palabras de los santos donde veo que me convienen, para que lo que en ellas ofrezca al lector le sea más grato, al menos por la belleza de los vasos. Y para empezar ahora con palabras proféticas: ¡Ay de mí! —no, como el profeta, porque callé, sino porque hablé —, ¡porque soy un hombre de labios impuros! (Is 6,5) ¡Ay! ¡Cuántas cosas vanas, cuántas falsas, cuántas torpes recuerdo haber vomitado por esta misma boca mía, tan inmunda, con la que ahora me atrevo a revolver palabras celestiales! Temo mucho oír en cualquier momento que se me diga: ¿Por qué pregonas tú mis justicias y tomas mi alianza en tu boca? (Sal 50,16) ¡Ojalá se me traiga también a mí del altar de lo alto no ya una brasa (Is 6,6), sino un enorme globo de fuego, capaz de consumir del todo la mucha y envejecida herrumbre de mi boca, ávida de hablar, para que se me tenga por digno de repetir con mi pobre palabra los gratos y castos coloquios del ángel con la Virgen y de la Virgen con él! Dice, pues, el evangelista: Y entrando el ángel a donde ella estaba —sin duda, a María—, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo (Lc 1,28). ¿Adónde entró para llegar a ella? Pienso que al retiro de su casta alcoba, donde quizá, cerrada la puerta tras de sí, oraba a su Padre en lo secreto (Mt 6,6). Suelen los ángeles asistir a los que oran y deleitarse en aquellos a quienes ven levantar manos puras en la oración (1 Tim 2,8); se gozan en ofrecer a Dios el holocausto de la santa devoción en olor de suavidad. Y cuánto agradaron las oraciones de María en presencia del Altísimo lo mostró el

ángel, que, entrando donde ella estaba, la saludó con tanta reverencia. Y no le fue difícil al ángel penetrar por la puerta cerrada hasta el retiro de la Virgen, pues, por la sutileza de su sustancia, tiene por naturaleza que ni cerrojos de hierro le impidan la entrada adondequiera que lo lleve su impulso. Pues los muros no oponen resistencia a los espíritus angélicos, sino que todas las cosas visibles les ceden, y todos los cuerpos por igual, por sólidos o densos que sean, les son penetrables y accesibles. No hay que suponer, pues, que el ángel hallara abierta la puertecilla de la Virgen, cuyo propósito era sin duda huir de la concurrencia de los hombres y evitar las conversaciones, para que no se turbara el silencio de su oración ni se tentara la castidad de su continencia. Así, pues, también a aquella hora la prudentísima Virgen había cerrado tras de sí su morada, pero a los hombres, no a los ángeles. Por eso, aunque el ángel pudo entrar hasta ella, a ningún hombre le era fácil el acceso.

2

Entrando, pues, el ángel a donde ella estaba, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que Esteban estaba lleno de gracia (Hch 6,8) y que los apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo (Hch 2,4); pero de modo muy distinto que María. Pues ni en él habitó corporalmente la plenitud de la divinidad (Col 2,9), como en María, ni ellos concibieron del Espíritu Santo, como María. Dios te salve —dice—, llena de gracia, el Señor está

contigo. ¿Qué tiene de extraño que estuviera llena de gracia aquella con quien estaba el Señor? Más bien es de admirar cómo el que había enviado al ángel a la Virgen fue hallado por el ángel junto a la Virgen. ¿Tan veloz fue Dios, más que el ángel, que, más rápido aún, se adelantó hasta la tierra a su presuroso mensajero? No es de extrañar. Pues mientras el Rey estaba en su reposo, el nardo de la Virgen exhaló su fragancia (Cant 1,12), y subió el humo de su aroma ante su gloria, y halló gracia a los ojos del Señor, mientras clamaban los que lo rodeaban: ¿Quién es esta que sube por el desierto como columna de humo, de aromas de mirra y de incienso? (Cant 3,6) Y al punto el Rey, saliendo de su lugar santo, se lanzó alegre como un gigante a recorrer su camino; y aunque su salida es desde lo más alto del cielo (Sal 19,6-7), volando con deseo inmenso se adelantó a su mensajero hasta la Virgen a quien había amado, a quien había elegido para sí, cuya hermosura había deseado. Viéndolo venir de lejos, la Iglesia, gozosa y exultante, dice: Ahí viene, saltando por los montes, brincando por los collados (Cant 2,8).

3

Con razón deseó el Rey la hermosura de la Virgen. Pues había hecho cuanto mucho antes le había aconsejado su padre David al decirle: Escucha, hija, mira, inclina tu oído; olvida tu pueblo y la casa de tu padre (Sal 45,11). Y si haces esto, el Rey deseará tu hermosura (Sal 45,12). Pues ella oyó y vio, no como algunos que oyendo no oyen y viendo no entienden (Mt 13,13), sino que oyó

y creyó, vio y entendió. E inclinó su oído a la obediencia y su corazón a la disciplina, y olvidó su pueblo y la casa de su padre: porque no se cuidó de acrecentar su pueblo con una sucesión de hijos ni de dejar heredero a la casa de su padre; sino que cuanto honor hubiera podido tener en su pueblo, cuantos bienes terrenos de la casa paterna, todo lo tuvo por basura para ganar a Cristo (Flp 3,8). Y no la engañó su intención, pues reclamó a Cristo como hijo suyo sin violar su propósito de castidad. Bien se la llama, pues, llena de gracia, a ella, que conservó la gracia de la virginidad y además adquirió la gloria de la fecundidad.

4

Dios te salve —dice—, llena de gracia, el Señor está contigo. No dijo: «el Señor está en ti», sino: «el Señor está contigo». Porque Dios, que por su sustancia simple está igualmente todo en todas partes, está sin embargo por su eficacia de un modo en las criaturas racionales y de otro en las demás; y, entre aquellas, de un modo en los buenos y de otro en los malos. En las criaturas irracionales está de tal modo que no es aprehendido por ellas. Por todas las racionales puede ser aprehendido mediante el conocimiento; pero solo por los buenos es aprehendido también mediante el amor. Solo en los buenos, pues, está de tal modo que está también con ellos, por la concordia de la voluntad. Pues, al someter de tal modo sus voluntades a la justicia que a Dios no le desdice querer lo que ellos quieren, por no disentir de su voluntad se unen a Dios de un

modo especial. Pero, aunque así está con todos los santos, está de un modo especial con María, con la que tuvo tal concordia que unió consigo no solo su voluntad, sino también su carne, y de su sustancia y la de la Virgen hizo un solo Cristo, o mejor, se hizo un solo Cristo: el cual, aunque no procedía todo de Dios ni todo de la Virgen, era sin embargo todo de Dios y todo de la Virgen; no dos hijos, sino un solo hijo de ambos. Dice, pues: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo. Y no solo está contigo el Señor Hijo, a quien revistes de tu carne, sino también el Señor Espíritu Santo, del que concibes, y el Señor Padre, que engendró al que concibes. El Padre, digo, está contigo, que hace a su Hijo también tuyo. El Hijo está contigo, que, para obrar en ti un misterio admirable, de modo admirable se abre a sí mismo el secreto de la generación y te guarda a ti el sello virginal. El Espíritu Santo está contigo, que con el Padre y el Hijo santifica tu seno. El Señor, pues, está contigo.

5

Bendita tú entre las mujeres. Me place añadir lo que Isabel, de quien son estas palabras, agregó a continuación: Y bendito el fruto de tu vientre (Lc 1,42). No porque tú seas bendita es bendito el fruto de tu vientre, sino que, porque él te previno con bendiciones de dulzura (Sal 21,4), por eso eres tú bendita. Pues verdaderamente es bendito el fruto de tu vientre, en el que son benditas todas las naciones, de cuya plenitud recibiste también tú con los demás, aunque de modo distinto que los demás. Por eso eres ciertamente bendita, pero

entre las mujeres; él, en cambio, es bendito no entre los hombres, no entre los ángeles, sino que es, como dice el Apóstol, Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos (Rom 9,5). Se dice bendito un hombre, bendito el pan, bendita una mujer, bendita la tierra, o cualquier otra cosa semejante que entre las criaturas se dice bendita; pero singularmente bendito es el fruto de tu vientre, pues es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos.

6

Bendito, pues, el fruto de tu vientre. Bendito en el olor, bendito en el sabor, bendito en la hermosura. La fragancia de este fruto oloroso la percibía el que decía: He aquí que el olor de mi hijo es como el olor de un campo fértil que ha bendecido el Señor (Gén 27,27). ¿No es verdaderamente bendito aquel a quien bendijo el Señor? Del sabor de este fruto, uno que lo había gustado prorrumpía así, diciendo: Gustad y ved qué suave es el Señor (Sal 34,9); y en otro lugar: ¡Cuán grande es la abundancia de tu dulzura, Señor, que escondiste para los que te temen! (Sal 31,20) Y otro: Si es que habéis gustado —dice— qué dulce es el Señor (1 Pe 2,3). Y el mismo Fruto, hablando de sí e invitándonos a sí: El que me come —dice— tendrá aún hambre; y el que me bebe tendrá aún sed (Eclo 24,21). Lo decía, sin duda, por la dulzura de su sabor, que, una vez gustado, despierta más el apetito. Buen fruto, que es a la vez comida y bebida de las almas que tienen hambre y sed de justicia (Mt 5,6). Has oído del olor, has oído del

sabor: oye también de la hermosura. Pues si aquel fruto de muerte no solo fue sabroso para comer, sino también, según atestigua la Escritura, deleitable a la vista (Gén 3,6), ¿cuánto más debemos buscar la hermosura vivificante de este fruto de vida, en el que, según atestigua otra Escritura, desean mirar aun los ángeles (1 Pe 1,12)? Su hermosura la veía en espíritu, y deseaba verla en el cuerpo, el que decía: Desde Sión, la hermosura de su belleza (Sal 50,2). Y para que no te parezca que encareció una hermosura mediana, recuerda lo que lees en otro salmo: Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por eso te bendijo Dios para siempre (Sal 45,3).

7

Bendito, pues, el fruto de tu vientre, a quien Dios bendijo para siempre; y por su bendición eres también tú bendita entre las mujeres, porque no puede un árbol malo dar fruto bueno (Mt 7,18). Bendita tú entre las mujeres, digo, que escapaste de aquella maldición general por la que se dijo: Con tristeza darás a luz a los hijos (Gén 3,16); y no menos de aquella otra que siguió: «Maldita la estéril en Israel» (Éx 23,26; Dt 7,14); y alcanzaste una bendición singular: ni quedar estéril ni dar a luz con dolor. ¡Dura necesidad y pesado yugo sobre todas las hijas de Eva! Si dan a luz, son atormentadas; y si no dan a luz, son malditas. El dolor les prohíbe parir, y la maldición no parir. ¿Qué harás, Virgen, tú que oyes esto, tú que lees esto? Si das a luz, te angustiarás; si permaneces

estéril, serás maldita. ¿Qué elegirás, Virgen prudente? Angustias me cercan por todas partes (Dn 13,22), dice ella; con todo, mejor me es incurrir en la maldición y permanecer casta que concebir primero por concupiscencia lo que después, con razón, daría a luz con dolor. Pues de este lado, aunque veo maldición, no veo pecado; del otro, en cambio, pecado y tormento a la vez. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa es esta maldición sino el reproche de los hombres? Pues no por otra razón se llama maldita a la estéril sino porque ha de ser tenida en oprobio y desprecio como inútil e infructuosa; y esto solo en Israel. Pero a mí me importa muy poco (1 Cor 4,3) desagradar a los hombres, con tal que pueda presentarme a Cristo como virgen casta (2 Cor 11,2). ¡Oh Virgen prudente, oh Virgen devota! ¿Quién te enseñó que la virginidad agrada a Dios? ¿Qué ley, qué precepto, qué página del Antiguo Testamento manda, aconseja o exhorta a vivir en la carne no carnalmente y a llevar en la tierra una vida angélica? ¿Dónde habías leído, Virgen bienaventurada: La sabiduría de la carne es muerte (Rom 8,6), y: No os preocupéis de la carne para satisfacer sus deseos (Rom 13,14)? ¿Dónde habías leído de las vírgenes que cantan un cántico nuevo que ningún otro puede cantar, y siguen al Cordero adondequiera que va (Ap 14,3-4)? ¿Dónde habías leído que eran alabados los que se hicieron eunucos por el reino de los cielos (Mt 19,12)? ¿Dónde habías leído: Pues, aunque caminamos en la carne, no militamos según la carne (2 Cor 10,3); y: El que casa a su doncella hace bien, y el que no la

casa hace mejor (1 Cor 7,38)? ¿Dónde habías oído: Quisiera que todos fuerais como yo (1 Cor 7,7); y: Bueno es para el hombre permanecer así, según mi consejo (1 Cor 7,26.40)? Acerca de las vírgenes —dice— no tengo precepto, pero doy un consejo (1 Cor 7,25). Tú, en cambio, no tenías —no diré un precepto—, pero ni siquiera un consejo ni un ejemplo; salvo que la unción te enseñaba todas las cosas (1 Jn 2,27), y la Palabra de Dios, viva y eficaz (Heb 4,12), que fue tu Maestro antes que tu Hijo, instruyó tu mente antes de revestirse de tu carne. Te consagras, pues, a presentarte a Cristo como virgen, y no sabes que debes presentarte a él también como madre. Eliges ser despreciable en Israel y, por agradar a aquel ante quien te has acreditado, incurrir en la maldición de la esterilidad; y he aquí que la maldición se cambia en bendición, y la esterilidad se recompensa con la fecundidad.

8

Abre, Virgen, tu seno, extiende tu regazo, prepara tus entrañas: porque he aquí que el Poderoso va a hacer en ti grandes cosas, tanto que, en lugar de la maldición de Israel, te llamarán bienaventurada todas las generaciones (Lc 1,48-49). No tengas por sospechosa, Virgen prudente, la fecundidad, porque no te quitará la integridad. Concebirás, pero sin pecado; estarás grávida, pero no agravada; darás a luz, pero no con tristeza; no conocerás varón, y engendrarás un hijo. ¿Qué hijo? Serás madre de aquel cuyo Padre es Dios. El Hijo de la claridad del Padre será la corona de tu

castidad. La Sabiduría del corazón del Padre será el fruto de un seno virginal. En fin, darás a luz a Dios, y de Dios concebirás. Cobra ánimo, pues, Virgen fecunda, Puérpera casta, Madre intacta: porque ya no serás maldita en Israel ni contada entre las estériles. Y si todavía eres maldecida por el Israel según la carne, no es porque te vean estéril, sino porque te envidian fecunda. Recuerda que también Cristo soportó la maldición de la cruz, él que te bendijo a ti, su madre, en los cielos; y también en la tierra eres bendecida por el ángel y, con razón, proclamada bienaventurada por todas las generaciones de la tierra. Bendita, pues, tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

9

Ella, al oírlo, se turbó por sus palabras, y pensaba qué saludo era este (Lc 1,29). Suelen las vírgenes, las que son verdaderas vírgenes, estar siempre temerosas y nunca seguras; y, para guardarse de lo temible, temen aun lo seguro, sabiendo que llevan un tesoro precioso en vasos de barro (2 Cor 4,7), y que es muy arduo vivir angélicamente entre los hombres, conducirse en la tierra al modo de los celestiales y llevar en la carne una vida célibe. Y así, cualquier cosa nueva, cualquier cosa repentina que surja, la tienen por sospechosa de asechanza y piensan que todo está tramado contra ellas. Por eso también María se turbó por las palabras del ángel. Se turbó, pero no se perturbó. Me turbé —dice— y no hablé; sino: Pensé en los días antiguos y tuve en la mente los

años eternos (Sal 77,5-6). Así también María se turbó y no habló, sino que pensaba qué saludo era este. Que se turbara fue propio del pudor virginal; que no se perturbara, de la fortaleza; que callara y pensara, de la prudencia. Y pensaba qué saludo era este. Sabía la virgen prudente que a menudo el ángel de Satanás se disfraza de ángel de luz (2 Cor 11,14); y como era humilde y sencilla, nada semejante esperaba de un santo ángel; y por eso pensaba qué saludo era este.

10

Entonces el ángel, mirando a la Virgen y percibiendo con toda facilidad que daba vueltas en su interior a diversos pensamientos, la consuela en su temor, la afianza en su duda y, llamándola familiarmente por su nombre, la persuade con bondad a que no tema. No temas, María —dice —, has hallado gracia ante Dios (Lc 1,30). Aquí no hay dolo, aquí no hay engaño. No sospeches aquí ningún fraude, ninguna asechanza. No soy hombre, sino espíritu; y ángel de Dios, no de Satanás. No temas, María, has hallado gracia ante Dios. ¡Oh, si supieras cuánto agrada tu humildad al Altísimo, qué grandeza te aguarda junto a él! No te juzgarías indigna de la palabra ni del servicio de un ángel. Pues ¿por qué habrías de decir que no se te debe el favor de los ángeles, tú que has hallado gracia ante Dios? Has hallado lo que buscabas, has hallado lo que nadie antes de ti pudo hallar, has hallado gracia ante Dios. ¿Qué gracia? La paz entre Dios y los hombres, la destrucción de la muerte, la restauración de la vida. Esta es, pues,

la gracia que has hallado ante Dios. Y esta será para ti la señal: He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús (Lc 1,31). Entiende, Virgen prudente, por el nombre del Hijo prometido, cuán grande y cuán especial es la gracia que has hallado ante Dios. Y le pondrás —dice— por nombre Jesús. La razón de este nombre la da otro evangelista, cuando el ángel lo interpreta así: Porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1,21).

11

Leo que precedieron, como figuras de este que ahora tenemos entre manos, dos llamados Jesús, y que ambos gobernaron pueblos: uno de ellos sacó a su pueblo de Babilonia (Ag 1,1; Esd 2,2), el otro introdujo al suyo en la tierra de la promesa (Jos 1,11). Y ellos, ciertamente, defendían de sus enemigos a aquellos a quienes gobernaban; pero ¿acaso los salvaban de sus pecados? Pero este Jesús nuestro salva a su pueblo de sus pecados y lo ha introducido en la tierra de los vivientes. Porque él salvará a su pueblo de sus pecados. ¿Quién es este que hasta perdona los pecados? (Lc 7,49) ¡Ojalá el Señor Jesús se digne contarme también a mí, pecador, en su pueblo, para que me salve de mis pecados! Pues verdaderamente dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor (Sal 144,15), este Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Pero temo que muchos se declaren de su pueblo a quienes él, sin embargo, no tenga por pueblo suyo; temo que a muchos que parecen ser, por así decir, los más religiosos de su pueblo, les diga él

algún día: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Mt 15,8). Pues el Señor Jesús conoce a los suyos (2 Tim 2,19); conoce también a los que eligió desde el principio. ¿Por qué me llamáis —dice— «Señor, Señor», y no hacéis lo que digo? (Lc 6,46) ¿Quieres saber si perteneces a su pueblo, o más bien, quieres ser de su pueblo? Haz lo que dice Jesús, y te contará en su pueblo; haz lo que manda el Señor Jesús en el Evangelio, lo que manda en la ley y los profetas, lo que manda por medio de sus ministros que están en la Iglesia; obedece a tus superiores, que son sus vicarios, no solo a los buenos y apacibles, sino también a los díscolos (1 Pe 2,18); y aprende del mismo Jesús, que es manso y humilde de corazón (Mt 11,29); y serás de su pueblo dichoso, que eligió por heredad suya (Sal 33,12); serás de su pueblo digno de alabanza, al que bendijo el Señor de los ejércitos diciendo: Obra de mis manos eres tú, Israel, heredad mía (Is 19,25); y, para que no envidies acaso al Israel carnal, da testimonio también de este pueblo diciendo: Un pueblo que no conocí me sirvió; al oírme con sus oídos me obedeció (Sal 18,44-45).

12

Pero oigamos qué piensa el mismo ángel de aquel a quien, aún no concebido, impuso tal nombre. Pues dice: Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo (Lc 1,32). Bien grande es quien merecerá ser llamado Hijo del Altísimo. ¿No es grande aquel cuya grandeza no tiene fin (Sal 145,3)? ¿Y quién es grande —dice— como nuestro

Dios? (Sal 77,14) Grande, sin duda, el que es tan grande como el Altísimo, porque también él es el Altísimo. Pues el Hijo del Altísimo no tendrá por usurpación ser igual al Altísimo (Flp 2,6). Con razón se ha de juzgar que pensó en usurpar aquel que, habiendo sido hecho de la nada en forma angélica, comparándose con su Hacedor, se arrogó lo que es propio del Hijo del Altísimo, el cual, en la forma de Dios, no fue hecho por Dios, sino engendrado. Pues el Altísimo, Dios Padre, aunque es omnipotente, no pudo, sin embargo, ni crear una criatura igual a sí ni engendrar un hijo desigual. Hizo, pues, al ángel grande, pero no tanto como él; y por eso tampoco altísimo. Pero solo al Unigénito, al que no hizo, sino que engendró, el Omnipotente al omnipotente, el Altísimo al altísimo, el Eterno al coeterno, no tiene por usurpación ni por injuria que se le compare en todo consigo. Con razón, pues, será grande este que será llamado Hijo del Altísimo.

13

Pero ¿por qué dice será y no más bien es grande, aquel que, siendo siempre igualmente grande, no tiene en qué crecer, ni será mayor después de su concepción de lo que es o fue antes? ¿O dijo acaso será porque el que era un gran Dios había de ser un gran hombre? Bien dicho, pues: Este será grande. Gran hombre, gran maestro, gran profeta. Así se dice de él en el Evangelio: Un gran profeta ha surgido entre nosotros (Lc 7,16). Y por cierto profeta menor se promete igualmente la venida de un gran profeta: «He aquí —dice— que

vendrá un gran profeta, y él renovará Jerusalén». Y tú, oh Virgen, darás a luz a un pequeñito, criarás a un pequeñito, amamantarás a un pequeñito; pero al ver al pequeñito, piensa en el grande. Pues será grande, porque Dios lo engrandecerá en presencia de los reyes, de modo que lo adorarán todos los reyes, todas las naciones le servirán (Sal 72,11). Engrandezca, pues, también tu alma al Señor (Lc 1,46), porque este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Será grande, y hará en ti grandes cosas el Poderoso, cuyo nombre es santo (Lc 1,49). Pues ¿qué nombre más santo que el de ser llamado Hijo del Altísimo? Sea engrandecido también por nosotros, pequeños, el gran Señor, que para hacernos grandes se hizo pequeño. Un niño —dice— nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado (Is 9,5). A nosotros, digo, no a sí mismo, pues él, nacido del Padre de modo mucho más noble antes de los tiempos, no tenía necesidad de nacer en el tiempo de una madre. Tampoco a los ángeles, que, teniéndolo grande, no lo buscaban pequeño. Nos ha nacido, pues, a nosotros, y a nosotros se nos ha dado, porque a nosotros nos es necesario.

14

Hagamos ahora con el que nos ha nacido y se nos ha dado aquello para lo que nació y fue dado. Usemos de lo nuestro para nuestro provecho; obremos nuestra salvación por medio del Salvador. He aquí que un niño es puesto en medio. ¡Oh pequeñito, deseado por los pequeños! ¡Oh verdaderamente pequeño, pero en malicia, no en

sabiduría! Procuremos hacernos como este niño; aprendamos de él, que es manso y humilde de corazón, no sea que el gran Dios se haya hecho hombre pequeño sin motivo, que haya muerto en vano, que haya sido crucificado inútilmente. Aprendamos su humildad, imitemos su mansedumbre, abracemos su amor, participemos de sus padecimientos, lavémonos en su sangre. Ofrezcámoslo a él como propiciación por nuestros pecados (1 Jn 2,2), pues para esto nos ha nacido y se nos ha dado. Ofrezcámoslo a los ojos del Padre, ofrezcámoslo también a los suyos propios: porque el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros (Rom 8,32), y el Hijo mismo se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo (Flp 2,7). Él entregó su alma a la muerte, y fue contado entre los malhechores; y él llevó los pecados de muchos, y rogó por los transgresores (Is 53,12) para que no perecieran. No pueden perecer aquellos por quienes ruega el Hijo para que no perezcan, aquellos por quienes el Padre entregó al Hijo a la muerte para que vivan. Igualmente, pues, se ha de esperar el perdón de ambos, en quienes es igual la misericordia en la piedad, pareja la potencia en la voluntad, una la sustancia en la divinidad, en la cual, uno con ellos, el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IV.

Sobre Lucas 1,32-38

1

No hay duda de que cuanto decimos en alabanza de la Madre toca al Hijo; y, a la inversa, cuando honramos al Hijo, no nos apartamos de la gloria de la Madre. Pues si, según Salomón, el hijo sabio es la gloria del padre (Prov 10,1), ¿cuánto más glorioso es llegar a ser madre de la Sabiduría misma? Pero ¿qué intento yo en alabanza de aquella a quien los profetas proclaman, el ángel atestigua y el evangelista narra digna de alabanza? No la alabo, pues, porque no me atrevo; solo repito con devoción lo que ya desplegó el Espíritu Santo por boca del evangelista. Pues prosigue diciendo: Y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre (Lc 1,32). Son palabras del ángel a la Virgen sobre el Hijo prometido, en las que promete que ha de poseer el reino de David. Que el Señor Jesús tuvo su origen en la estirpe de David, nadie lo duda. Pero pregunto cómo le dio Dios el trono de David, su padre, si él no reinó en Jerusalén; antes bien, cuando las turbas quisieron hacerlo rey, no lo consintió (Jn 6,15), y aun ante Pilato declaró: Mi reino no es de este mundo (Jn 18,36). En fin, ¿qué cosa grande se promete al que está sentado sobre los querubines (Sal 80,2), a quien el profeta vio sentado sobre un solio excelso y elevado (Is 6,1), al prometerle que se sentará en el trono de David, su padre? Pero conocemos otra Jerusalén, significada por la que ahora existe, en la que reinó David, mucho más noble que esta, mucho más rica. Esta es, pues, la que pienso que aquí se significó, según aquel modo de hablar, frecuente en las Escrituras, por el que se pone lo que significa en lugar de lo signi-

ficado. Le dio Dios, en verdad, el trono de David, su padre, cuando fue constituido por él rey sobre Sión, su monte santo (Sal 2,6). Y aquí el profeta parece haber mostrado más expresamente de qué reino hablaba, al no poner «en Sión», sino «sobre Sión». Pues quizá se dijo «sobre» porque en Sión reinó David, mientras que sobre Sión está el reino de aquel de quien se dijo a David: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal 132,11); de quien se dijo también por otro profeta: Sobre el solio de David y sobre su reino se sentará (Is 9,6). ¿Ves que en todas partes encuentras «sobre»? Sobre Sión, sobre el trono, sobre el solio, sobre el reino. El Señor Dios le dará, pues, el trono de David, su padre: no figurado, sino verdadero; no temporal, sino eterno; no terreno, sino celestial. Y se dice que fue de David, como ya se ha dicho, porque aquel en que se sentó temporalmente llevaba la imagen de aquel eterno.

2

Y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (Lc 1,33). También aquí, si entendemos la casa de Jacob como temporal, ¿cómo ha de reinar para siempre en una casa que no es eterna? Hay que buscar, pues, una casa eterna de Jacob, en la que reine para siempre aquel cuyo reino no tendrá fin. ¿Y no lo negó impíamente aquella casa rebelde de Jacob, y lo rechazó neciamente ante Pilato cuando, al preguntar este: ¿A vuestro rey voy a crucificar?, respondió a una voz gritando: No tenemos más rey que el César (Jn 19,15)? Pregunta, pues, al Apóstol, y él te distin-

guirá al que es judío en lo interior del que lo es en lo exterior, y la circuncisión que es en el espíritu de la que se hace en la carne (Rom 2,28-29): el Israel espiritual del carnal, y los hijos de la fe de Abraham de los hijos de la carne. Porque no todos —dice— los que proceden de Israel son israelitas, ni todos los que son descendencia de Abraham son hijos (Rom 9,6-7). Sigue, pues, y di: del mismo modo, no todos los que proceden de Jacob han de contarse en la casa de Jacob. Pues Jacob es el mismo que Israel. Cuenta, pues, en la casa de Jacob solo a los que se hallen perfectos en la fe de Jacob; o mejor, sabe que ellos mismos serán la casa espiritual y eterna de Jacob, en la que reinará el Señor Jesús para siempre. ¿Quién de nosotros, según el significado del nombre de Jacob, suplanta al diablo en su corazón y lucha con sus vicios y concupiscencias, para que no reine el pecado en su cuerpo mortal (Rom 6,12), sino que reine en él Jesús, ahora por la gracia y para siempre por la gloria? Dichosos aquellos en quienes Jesús reinará para siempre, porque también ellos reinarán con él, y este reino no tendrá fin. ¡Oh, cuán glorioso es aquel reino en el que los reyes se han congregado, se han reunido a una (Sal 48,5), para alabar y glorificar al que está sobre todos, Rey de reyes y Señor de señores, en cuya resplandeciente contemplación brillarán los justos como el sol en el reino de su Padre (Mt 13,43)! ¡Oh, si Jesús se acordara también de mí, pecador, por amor a su pueblo (Sal 106,4), cuando venga en su reino (Lc 23,42)! ¡Oh, si en aquel día, cuando haya de entregar el reino a Dios Padre (1 Cor 15,24), se dignara

visitarme con su salvación, para que vea la dicha de sus elegidos, para que me alegre con la alegría de su pueblo, para que sea alabado también por mí con su heredad (Sal 106,4-5)! Ven entretanto, Señor Jesús, quita los escándalos de tu reino, que es mi alma, para que reines tú (como debes) en ella. Pues viene la avaricia y reclama para sí un trono en mí; la jactancia ansía dominarme; la soberbia quiere ser mi rey. La lujuria dice: «Yo reinaré»; la ambición, la murmuración, la envidia y la ira pelean dentro de mí por mí, sobre de quién he de parecer ser principalmente. Yo, en cambio, resisto cuanto puedo; me opongo cuanto se me ayuda. Invoco a mi Señor Jesús; para él me defiendo, porque me reconozco suyo por derecho. A él tengo por mi Dios, a él por mi Señor, y digo: No tengo más rey que el Señor Jesús. Ven, pues, Señor, dispérsalos con tu poder (Sal 59,12), y reinarás en mí, porque tú eres mi Rey y mi Dios, que ordenas la salvación de Jacob (Sal 44,5).

3

Y dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? (Lc 1,34) Al principio calló prudentemente, mientras, todavía dudosa, pensaba qué saludo era este, prefiriendo humildemente no responder antes que hablar temerariamente de lo que no sabía. Pero ahora, confortada y habiéndolo pensado bien —hablándole el ángel por fuera, pero persuadiéndola Dios por dentro (pues el Señor estaba con ella, según decía el ángel: El Señor está contigo)—, así afianzada, desterrando la fe el temor y la alegría el rubor, dijo al ángel:

¿Cómo será esto, pues no conozco varón? No duda del hecho, sino que pregunta el modo y el orden. Pues no pregunta si esto será, sino cómo. Como si dijera: «Puesto que mi Señor, testigo de mi conciencia, sabe que es voto de su esclava no conocer varón, ¿según qué ley, con qué orden le agradará que esto se haga? Si fuera necesario que rompiera mi voto para dar a luz a tal hijo, me alegro por el hijo y me duelo por mi propósito; pero hágase su voluntad. Pero si he de concebir virgen y dar a luz virgen —lo cual, si a él le place, ciertamente no será imposible—, entonces sé de verdad que miró la humildad de su esclava». ¿Cómo, pues, será esto, si no conozco varón? Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lc 1,35). Más arriba se dijo que estaba llena de gracia; ¿cómo se dice ahora: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra? ¿Pudo acaso estar llena de gracia sin tener aún el Espíritu Santo, siendo él el dador de las gracias? Y si el Espíritu Santo estaba ya en ella, ¿cómo se le promete todavía como si hubiera de sobrevenir de nuevo? ¿No dijo acaso simplemente «vendrá a ti», sino que añadió «sobre», porque ya antes estuvo en ella por mucha gracia, pero ahora se anuncia que sobrevendrá por la plenitud de una gracia más abundante que ha de derramar sobre ella? Pero si ya está llena, ¿cómo podrá recibir ese más? Y si puede recibir algo más, ¿cómo ha de entenderse que estaba llena antes? ¿O es que la gracia anterior había llenado solo su mente, y la siguiente debe inundar también su

seno, de modo que la plenitud de la divinidad, que antes habitaba en ella espiritualmente, como en muchos de los santos, comience a habitar en ella también corporalmente, como en ninguno de los santos?

4

Dice, pues: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. ¿Qué significa: y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra? Quien pueda comprender, que comprenda. Pues ¿quién, excepto quizá aquella que sola mereció felicísimamente experimentarlo en sí, podría comprender con el entendimiento o discernir con la razón cómo aquel esplendor inaccesible se infundió en las entrañas virginales; y cómo, para que ella pudiera soportar que el Inaccesible se le acercara, de la pequeña porción de su mismo cuerpo a la que, una vez animada, se unió, hizo sombra para el resto de su cuerpo? Y quizá se dijo te cubrirá con su sombra sobre todo por esto: porque la cosa era un misterio, y lo que la Trinidad sola, por sí misma, quiso obrar en la Virgen sola y con ella sola, solo le fue dado conocerlo a aquella a quien sola le fue dado experimentarlo. Dígase, pues: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, el cual con su poder te hará fecunda. Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra: es decir, el modo en que concebirás del Espíritu Santo, Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor 1,24), lo cubrirá y ocultará de tal modo, haciéndole sombra en su secretísimo designio, que solo sea conocido por él y por ti. Como si el ángel respon-

diera a la Virgen: «¿Por qué me preguntas lo que pronto experimentarás en ti? Lo sabrás, lo sabrás, y felizmente lo sabrás, pero teniendo por maestro al mismo que es su autor. Yo fui enviado a anunciar la concepción virginal, no a crearla. No puede ser enseñada sino por quien la da, ni aprendida sino por quien la recibe». Y por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (Lc 1,35). Lo cual es decir: puesto que concebirás no de hombre, sino del Espíritu Santo —y concebirás el poder del Altísimo, es decir, al Hijo de Dios—, por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios; esto es, no solo el que, viniendo del seno del Padre a tu seno, te cubrirá con su sombra, sino también lo que de tu sustancia unirá a sí será llamado desde entonces Hijo de Dios, así como también el que fue engendrado por el Padre antes de los siglos será tenido en adelante por hijo tuyo. Así, lo que nació del mismo Padre será tuyo, y lo que nacerá de ti será suyo; de modo que, sin embargo, no sean dos hijos, sino uno. Y aunque una cosa sea de ti y otra de él, ya no será hijo de cada uno por separado, sino un solo hijo de ambos.

5

Y por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Fíjate, te ruego, con cuánta reverencia dijo: lo Santo que nacerá de ti. ¿Por qué tan simplemente lo Santo, y sin añadir nada? Creo que porque no tenía con qué nombrar propia y dignamente aquello tan eximio, tan magnífico, tan venerable, que de la purísima carne de la Virgen, junto con su alma, había de unirse al Unigé-

nito del Padre. Si dijera «carne santa», o «hombre santo», o «niño santo», cualquier cosa semejante que pusiera le parecería haber dicho poco. Puso, pues, de modo indefinido: lo Santo; porque, sea lo que fuere aquello que la Virgen engendró, fue sin duda santo, y singularmente santo, tanto por la santificación del Espíritu como por haber sido asumido por la Palabra.

6

Y añadió el ángel: Y he aquí que Isabel, tu parienta, también ella ha concebido un hijo en su vejez (Lc 1,36). ¿Qué necesidad había de anunciar a la Virgen también la concepción de esta estéril? ¿Quiso acaso confirmar con un milagro reciente a la que aún dudaba y no creía en el oráculo? ¡De ningún modo! Leemos que la incredulidad de Zacarías fue castigada por este mismo ángel (Lc 1,20); pero no leemos que María fuera reprendida en nada; antes bien, sabemos que su fe fue alabada por la misma Isabel, que profetizaba. Dichosa tú —dice— que has creído, porque se cumplirán en ti las cosas que te fueron dichas de parte del Señor (Lc 1,45). Más bien, se anuncia a la Virgen la concepción de su parienta estéril para que, al añadirse milagro a milagro, se acumule gozo sobre gozo. Pues era necesario que fuera inflamada antes por un incendio no pequeño de alegría y de amor aquella que pronto había de concebir, con el gozo del Espíritu Santo, al Hijo del amor del Padre. Pues tan gran abundancia de dulzura y de alegría no podía caber sino en un corazón devotísimo y gozosísimo. O bien se anuncia a María la

concepción de Isabel porque convenía sin duda que la noticia que pronto se divulgaría por todas partes la supiera la Virgen por el ángel antes de oírla de un hombre, no fuera que la Madre de Dios pareciera apartada de los designios de su Hijo, si hubiera ignorado lo que sucedía en la tierra tan cerca de ella. O, más bien, se anunció a María la concepción de Isabel para que, instruida ahora sobre la venida del Salvador y ahora sobre la del precursor, y conservando el tiempo y el orden de los hechos, pudiera después descubrir mejor la verdad a los escritores y predicadores del Evangelio, ella que desde el principio había sido instruida plenamente desde el cielo acerca de todos los misterios. O bien se anuncia todavía a María la concepción de Isabel para que, al oír que su parienta, ya anciana, está encinta, la jovencita piense en servirla; y así, al apresurarse ella a visitarla, se dé lugar y ocasión al pequeño profeta para ofrecer las primicias de su oficio a su Señor, más pequeño aún; y, al encontrarse la devoción de las madres y de los niños, encendida mutuamente, brote más maravillosamente un milagro de otro milagro.

7

Pero mira no esperes que estas cosas tan magníficas que oyes anunciadas por el ángel las cumpla él. Si preguntas, pues, por quién, oye al mismo ángel. Porque ninguna palabra —dice— será imposible para Dios (Lc 1,37); como si dijera: «Estas cosas que yo prometo con tanta fidelidad no las presumo de mi poder, sino del poder de aquel

que me envió». Porque ninguna palabra será imposible para Dios. Pues ¿qué palabra podrá serle imposible a quien hizo todas las cosas en la Palabra? Me llama la atención también esto en las palabras del ángel: que intencionadamente no dijo «ningún hecho será imposible para Dios», sino «ninguna palabra». ¿Puso «palabra» porque, con la misma facilidad con que los hombres pueden decir lo que quieren, aun lo que de ningún modo pueden hacer, con esa misma facilidad, o mejor, con facilidad incomparablemente mayor, puede Dios cumplir con obras cuanto ellos pueden expresar con palabras? Lo diré más claramente. Si a los hombres les fuera tan fácil hacer como decir lo que quieren, tampoco para ellos sería imposible ninguna palabra. Pero como es dicho común y antiguo que hay mucha diferencia entre hablar y hacer —entre los hombres, no para Dios—, y como solo para Dios es lo mismo hacer que hablar, y lo mismo hablar que querer, con razón ninguna palabra será imposible para Dios. Por ejemplo: pudieron los profetas prever y predecir que una virgen, o una estéril, concebiría y daría a luz; pero ¿acaso pudieron hacer que concibiera y diera a luz? Pero Dios, que les dio poder prever, con la misma facilidad con que pudo entonces predecir por medio de ellos lo que quiso, pudo ahora, cuando quiso, cumplir por sí mismo lo que había prometido. Pues en Dios ni la palabra discrepa de la intención, porque es la verdad; ni el hecho de la palabra, porque es el poder; ni el modo del hecho, porque es la sabiduría; y por eso ninguna palabra será imposible para Dios.

8

Has oído, Virgen, el hecho; has oído también el modo: lo uno y lo otro, admirable; lo uno y lo otro, gozoso. Alégrate, hija de Sión; salta de júbilo, hija de Jerusalén (Zac 9,9). Y puesto que a tu oído se le ha dado gozo y alegría, oigamos también nosotros de ti la respuesta de alegría que deseamos, para que ya salten de gozo los huesos humillados (Sal 51,10). Has oído, digo, el hecho, y lo has creído; cree también lo que has oído del modo. Has oído que concebirás y darás a luz un hijo; has oído que no por obra de hombre, sino por el Espíritu Santo. El ángel espera la respuesta, pues es tiempo de que vuelva a Dios, que lo envió. Esperamos también nosotros, oh Señora, la palabra de misericordia, nosotros, a quienes oprime miserablemente la sentencia de condenación. Y he aquí que se te ofrece el precio de nuestra salvación: al instante seremos liberados si consientes. En la eterna Palabra de Dios fuimos hechos todos, y he aquí que morimos; por tu breve respuesta hemos de ser rehechos, para ser llamados de nuevo a la vida. Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el lloroso Adán, desterrado del paraíso con su mísera descendencia; esto Abraham, esto David. Esto reclaman los demás santos Padres, tus padres, que también ellos habitan en la región de sombra de muerte (Is 9,1). Esto espera el mundo entero, postrado a tus rodillas. Y no sin razón, pues de tu boca pende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la liberación de los condenados; en fin, la salvación de todos los hijos

de Adán, de todo tu linaje. Da, Virgen, tu respuesta sin tardanza. Oh Señora, responde la palabra que esperan la tierra, los abismos y aun los cielos. El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó tu hermosura, otro tanto desea el asentimiento de tu respuesta, en la cual se propuso salvar al mundo. Y a quien agradaste con tu silencio agradarás ahora más con tu palabra, cuando él mismo te grita desde el cielo: Oh hermosa entre las mujeres, hazme oír tu voz (Cant 1,8; 8,13). Si tú, pues, le haces oír tu voz, él te hará ver nuestra salvación. ¿No es esto lo que buscabas, lo que gemías, lo que suspirabas orando de día y de noche? ¿Qué, pues? ¿Eres tú aquella a quien esto fue prometido, o esperamos a otra? Sí, tú misma, y no otra. Tú, digo, eres la prometida, la esperada, la deseada, de quien tu santo padre Jacob, ya cercano a la muerte, esperaba la vida eterna cuando decía: Esperaré tu salvación, Señor (Gén 49,18). En quien, en fin, y por quien Dios mismo, nuestro rey, dispuso antes de los siglos obrar la salvación en medio de la tierra (Sal 74,12). ¿Por qué esperas de otra lo que se te ofrece a ti? ¿Por qué aguardas por medio de otra lo que pronto se mostrará por medio de ti, con tal que des tu asentimiento y respondas una palabra? Responde, pues, cuanto antes al ángel, o mejor, por medio del ángel, al Señor. Responde una palabra y recibe la Palabra; pronuncia la tuya y concibe la divina; emite la pasajera y abraza la eterna. ¿Por qué tardas? ¿Por qué temes? Cree, confiesa y recibe. Cobre audacia la humildad, y confianza el pudor. De ningún modo conviene ahora que la sencillez virginal ol-

vide la prudencia. Solo en esto, Virgen prudente, no temas la presunción: porque, aunque es grato el pudor en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en la palabra. Abre, Virgen bienaventurada, el corazón a la fe, los labios a la confesión, las entrañas al Creador. He aquí que el Deseado de todas las naciones (Ag 2,7) llama fuera, a la puerta. ¡Oh, si mientras tú tardas pasara de largo, y comenzaras de nuevo a buscar con dolor al que ama tu alma (Cant 3,1)! ¡Levántate, corre, abre! Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por la confesión.

9

He aquí —dice— la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc 1,38). La humildad suele ser siempre virtud familiar de la gracia divina. Pues Dios resiste a los soberbios, y da su gracia a los humildes (Sant 4,6). Responde, pues, con humildad, para que se prepare un trono a la gracia. He aquí —dice— la esclava del Señor. ¿Qué humildad tan sublime es esta, que no sabe ceder ante los honores ni ensoberbecerse con la gloria? Es elegida Madre de Dios, y se llama a sí misma esclava. No es en verdad pequeña señal de humildad no olvidar la humildad cuando se ofrece tanta gloria. No es gran cosa ser humilde en el abatimiento; gran virtud, en cambio, y rara, es la humildad honrada. Si la Iglesia, engañada por mis fingimientos, me ha elevado a mí, miserable hombrecillo, a algún honor, aunque sea mediano —permitiéndolo Dios, sin duda, por mis pecados o por los de mis súbditos—, ¿no olvido al punto

lo que fui y me tengo por tal como me tienen los hombres (que no ven el corazón)? Creo a la fama, no atiendo a la conciencia; y, atribuyendo no el honor a las virtudes, sino las virtudes al honor, me estimo tanto más santo cuanto más alto. Puedes ver a muchos en la Iglesia que, de plebeyos hechos nobles y de pobres ricos, de pronto se hinchan y olvidan su antigua bajeza; se avergüenzan incluso de su linaje y desdeñan a sus humildes padres. Puedes ver también a hombres adinerados volar a toda suerte de honores eclesiásticos, y aplaudirse luego a sí mismos una santidad que es solo cambio de vestidos, no de almas; y estimarse dignos de la dignidad a la que llegaron intrigando; y atribuir (si me atrevo a decirlo) a sus méritos lo que obtuvieron con dinero. Pero paso por alto a aquellos a quienes ciega la ambición, y para quienes el mismo honor es materia de soberbia.

10

Pero veo —y esto me duele más— que algunos, después de haber despreciado la pompa del mundo, aprenden más bien la soberbia en la escuela de la humildad, y bajo las alas del Maestro manso y humilde se ensoberbecen más gravemente, y se vuelven más impacientes en el claustro de lo que habían sido en el mundo. Y, lo que es más perverso, muchos no soportan ser tenidos en poco en la casa de Dios, cuando en la suya no pudieron ser sino despreciables; de modo que, ya que no merecieron tener lugar donde muchos apetecen los honores, parezcan al menos honorables allí donde todos desprecian

los honores. Veo también a otros (cosa que no debe verse sin dolor) que, después de emprender la milicia de Cristo, vuelven a enredarse en negocios seculares (2 Tim 2,4) y a sumergirse en los deseos terrenos; levantan muros con gran cuidado y descuidan las costumbres; so pretexto también de la utilidad común, venden palabras a los ricos y saludos a las matronas; y aun, contra el edicto de su Emperador, codician lo ajeno y reclaman lo suyo con pleitos, sin oír al Apóstol, que, por mandato del Rey, toca la trompeta: Ya es una falta en vosotros —dice— el que tengáis pleitos. ¿Por qué no sufrís más bien el despojo? (1 Cor 6,7) ¿Así han crucificado el mundo para sí y a sí mismos para el mundo (Gál 6,14), que quienes antes apenas eran conocidos en su aldea o en su villa, ahora, recorriendo provincias y frecuentando cortes, han conseguido el trato de los reyes y la familiaridad de los príncipes? ¿Qué diré del mismo hábito, en el que ya no se busca el calor, sino el color, y se pone más empeño en el adorno de los vestidos que en el de las virtudes? ¡Da vergüenza decirlo! Las mujerzuelas son vencidas en su propio afán cuando los monjes buscan en los vestidos el precio y no la necesidad; y, sin conservar siquiera la forma de la vida religiosa, los soldados de Cristo desean en su hábito adornarse, no armarse; y ellos, que debían prepararse para la batalla y oponer a las potestades del aire la enseña de la pobreza (que los adversarios temen mucho), mostrando más bien en la molicie de sus vestidos una señal de paz, se entregan por sí mismos, desarmados y sin sangre, a los enemigos. Y

todos estos males no vienen de otra parte sino de que, abandonando la humildad con la que abandonamos el mundo, y viéndonos así obligados a seguir de nuevo los necios afanes de los seglares, nos hacemos perros que vuelven a su vómito (2 Pe 2,22).

11

Oigamos, pues, cuantos somos así, qué respondió aquella que era elegida Madre de Dios, pero no olvidaba la humildad. He aquí —dice — la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Hágase es señal de deseo, no indicio de duda. Y lo que dice, hágase en mí según tu palabra, ha de entenderse más bien como expresión del afecto de quien desea que como petición del efecto a la manera de quien duda. Aunque nada impide entender que hágase es palabra de quien ora. Pues nadie pide en oración sino lo que cree y espera. Y Dios quiere que se le pida aun lo que promete. Y por eso quizá promete primero muchas cosas que ha dispuesto dar, para que la promesa despierte la devoción, y así la oración devota merezca lo que él iba a dar gratuitamente. Así el piadoso Señor, que quiere que todos los hombres se salven (1 Tim 2,4), nos arranca méritos para nosotros; y, al prevenirnos dándonos lo que después recompensará, obra gratuitamente para no dar gratuitamente. Esto entendió sin duda la Virgen prudente cuando al don de la promesa gratuita, que se le adelantaba, unió el mérito de su oración, diciendo: Hágase en mí según tu palabra. Hágase en mí, de la Palabra, según

tu palabra. La Palabra que estaba en el principio junto a Dios (Jn 1,1-2) hágase carne de mi carne según tu palabra. Hágase en mí, te ruego, la palabra, no pronunciada para que pase, sino concebida para que permanezca, revestida de carne, no de aire. Hágase en mí no solo audible a los oídos, sino visible a los ojos, palpable a las manos, que pueda llevarse sobre los hombros. Y no se haga en mí una palabra escrita y muda, sino encarnada y viva; es decir, no trazada con figuras mudas en pieles muertas, sino impresa vivamente en forma humana en mis castas entrañas; y esto no por el trazo de una pluma muerta, sino por la obra del Espíritu Santo. Hágase en mí, en suma, del modo en que no se hizo a nadie antes de mí ni se hará a nadie después de mí. Además, muchas veces y de muchos modos habló Dios en otro tiempo a los padres por medio de los profetas (Heb 1,1); y se recuerda que a unos la palabra del Señor les vino al oído, a otros a la boca, a otros incluso a la mano; pero yo pido que a mí se me haga en el seno, según tu palabra. Y no quiero que se me haga como cosa proclamada con declamación, o significada en figuras, o soñada en imágenes; sino silenciosamente inspirada, personalmente encarnada, corporalmente entrañada. Dígnese, pues, la Palabra, que en sí misma ni podía hacerse ni lo necesitaba, dígnese hacerse en mí y para mí según tu palabra. Hágase, sí, para todo el mundo en general, pero en especial hágase en mí según tu palabra.

EXCUSA DE SAN BERNARDO POR HABER COMENTADO ESTE PASAJE DEL EVANGELIO DESPUÉS DE OTROS EXPOSITORES

He expuesto la lectura del Evangelio como he podido; y no ignoro que no agradará a todos. Antes bien, sé que por ello me expondré a la indignación de muchos, y seré juzgado superfluo o presuntuoso por haberme atrevido, como nuevo expositor, a poner de nuevo la mano en este mismo pasaje después de los Padres, que lo expusieron plenísimamente. Pero si algo se ha dicho después de los Padres que no vaya contra los Padres, no creo que deba desagradar ni a los Padres ni a nadie. Y donde dije lo que recibí de los Padres, con tal que falte la hinchazón de la presunción y no falte el fruto de la devoción, escucharé con paciencia a quienes me acusen de superfluo. Sepan, sin embargo, quienes me reprochan una explicación ociosa e innecesaria, que no pretendí tanto exponer el Evangelio cuanto tomar del Evangelio ocasión para hablar de lo que me deleitaba hablar. Y si pequé al despertar con esto más mi propia devoción que al buscar la utilidad común, la piadosa Virgen, a quien he dedicado con toda devoción esta pequeña obra mía, sea cual fuere, podrá excusar este pecado mío ante su misericordioso Hijo.